

Impulsos teóricos y frenos históricos de una visión crítica

Toda cultura, ciencia o conocimiento dignos de ese nombre poseen una altura de calidad, riqueza o complejidad máxima que deben ser celosamente guardadas: toda sociedad se culturiza a partir de ese máximo nivel por efusión, divulgación y simplificación y no a la inversa. [...] Atender esa actividad de continuidad, asimilación y creación, entrenar a los más capaces en ella, formar a los más aptos para desempeñar los roles sociales más delicados y decisivos sobre una base de competencia abierta, es la tarea prioritaria de la educación en su más ambicioso escalón que es el universitario.

Carlos Real de Azúa

Entornos históricos y anotaciones teóricas previas

En la inauguración del coloquio internacional «O discurso crítico na América Latina», aludiendo a cierta prehistoria de la literatura comparada en nuestros países, Tania Franco-Carvalho mencionaba, entre otros célebres precursores, a Emir Rodríguez Monegal. Su mera mención evocaba, en quienes lo conocimos, las notables incidencias de sus clases, sus cursos cuidadosamente programados, las modulaciones de su sostenido tono humorístico, las ocurrencias de una erudición sin jactancia, que eran parte de su gracia docente.

Apelando a una complicidad casi clandestina, que lo apartaba de los requisitos curriculares, se dejaba tentar por la posibilidad de comparar alguna de las tragedias de Sófocles con un drama relativamente reciente —en aquellos años— de T. S. Eliot, acercando la obra de Neruda a la de Whitman, de Bello con la de Sarmiento y de Emerson, a Borges con Poe, a Onetti con Faulkner o con Céline, a los escritores brasileños desconocidos, escritores norteamericanos e hispanohablantes; sus nombres, que resonaban por primera vez, quedaron asociados a sus comentarios para siempre.

Emir establecía esas conexiones con fundamentada prudencia, como pidiendo disculpas por un cruce de banderas que su conocimiento de las respectivas obras había propiciado. Atravesaba o transgredía fronteras históricas, culturales, que entonces solían marcarse nítidas, abordando temas que los planes de estudio no habían previsto, pero sin descuidarlos. El deslumbramiento colectivo de sus

estudiantes continuaba individualmente al leer sus reseñas, ensayos, libros, donde profundizaba sus planteos por medio de una escritura en la que resonaban las voces de la clase, la transparencia de la información, la solidez de sus interpretaciones y la imprevisibilidad de relaciones que sabía justificar.

En esos mismos años, a mediados de los cincuenta del siglo pasado, en la señorial residencia que ocupaba el Instituto de Profesores Artigas, en Sarandí 420 entre Zabala y Misiones, en plena Ciudad Vieja, cuando Carlos Real de Azúa creaba la cátedra de «Introducción a la estética literaria» no nos sorprendía que estrechara vinculaciones, las más dispares, con toda naturalidad, avaladas tanto por un pasado filosófico remoto, común a todas las culturas, por planteos intelectuales afines. Las referencias precisas, las procedencias exactas y necesarias, los libros a la vista contrastaban con el eventual vacío teórico que el continente latinoamericano se reservaba.

Si bien era habitual que en la mayoría de los cursos las referencias ancestrales apartaran la reflexión y el análisis del entorno nacional, las alusiones a autores recientes, nunca oídos, procedentes de diversas culturas y lenguas no eran frecuentes. En aquellos años, Rodríguez Monegal, Real de Azúa, eran casos aislados, aunque no faltaban los profesores extranjeros que se refugiaron en nuestras tierras e instituciones huyendo de las persecuciones antisemitas de Europa, primero, de los apremios jurídicos o justicieros que acosaban a simpatizantes de regímenes fascistas, después. Esas corrientes inmigratorias calificadas y de signo contrario confluían en nuestra recoleta hospitalidad, contribuyendo a animar un cosmopolitismo creciente. En tales circunstancias el comparatismo formaba parte menos de una propedéutica que de las incidencias cotidianas de una deseada, aunque distante convivialidad.

En realidad quienes introdujeron la literatura comparada, con todo el aparato disciplinario e institucional que requería en los años ochenta del pasado siglo xx, fueron Franco-Carvalho y algunos de sus colegas de la Associação Brasileira de Literatura Comparada (Abralic) y de la International Comparative Literature Association (ICLA). Por eso fue justo abordar estos temas en su ciudad natal, en Porto Alegre que, gracias a sus iniciativas, devino entonces un centro vital y obligado de la literatura comparada. Correspondía mencionar allí algunas particularidades del discurso crítico en el Uruguay, con el fin de contrastar o cuestionar su especificidad nacional, regional y contemporánea, con otros estudios literarios y teóricos que siguen debatiéndose en el campo de esta disciplina y otros saberes afines.

Por las características de nuestro país, si bien los adapta a sus moderadas medidas, el Uruguay no redundaba en los tópicos críticos que las circunstancias históricas, políticas, sociales, académicas, imponen en otras culturas. A pesar de las corrientes en boga parece casi forzado, incluso, embanderarse con la defensa de minorías en un pequeño territorio que, en su conjunto, es poco más que una minoría. Ya se sabe que desde hace tiempo no tienen lugar las luchas raciales, ni las discriminaciones étnicas, resueltas en el pasado no siempre de

la mejor manera. Tampoco se justifican luchas contra otras discriminaciones ya que los problemas de género, los derechos de la mujer, por ejemplo, sin mayores diatribas, le fueron otorgados hace tiempo.

Sin embargo, aunque no se le dé difusión pública suficiente, constituye un tema de preocupación la imperturbabilidad crítica de una pseudo-oposición intelectual que consolidó sus filas durante la dictadura, que consentía un totalitarismo excluyente, que ocupaba los medios de comunicación masivos sin descuidar posiciones académicas. Ni la universidad ni instituciones afines, ni los círculos culturales, desde los ministerios hasta las municipalidades, desde empresas privadas hasta titularidades en misiones, cargos, premios, proyectos, becas, asesoramientos, etcétera llegan a apartarse de una práctica de parcialidades sectarias que aún sigue vigente hasta hoy en día cuando, por establecida y rutinaria, ya ni se advierte ni indigna.²⁰³

Hace ya largas décadas cuando se restablecía la democracia, parecía urgente llamar la atención contra los riesgos de una maquinaria que avanzaba deslizándose sobre las mismas vías tendidas durante el gobierno militar y que sigue siendo una de las mayores razones del gran deterioro actual. En lugar de cambiar, la situación se ha afianzado. El reducido *establishment* intelectual y académico desconoce otras realizaciones que las propias y nadie impugna el orden organizado, pero impresiona, tanto al extranjero como al joven que se inicia en los quehaceres culturales —una suerte de extranjero oriundo de su propio medio—, la uniformidad de sus discursos, las nomenclaturas previsibles en tribunales, jurados y comisiones, la administración de la conveniencia o connivencia de los escasos protagonistas, la aquiescencia oficial, nacional o municipal, las iniciativas desde esas esferas políticas de procedimientos y protecciones de grupos, el trámite existista de gestiones poco claras, o la mediocridad que hace de la acción cultural un instrumento de promoción personal casi familiar o incestuosa. El silencio agresivo ante severas denuncias de la sección crítica —por ejemplo, la dedicada al arte en algún medio de prensa—, o algún programa humorístico —que subraya el absurdo abusivo de tal connivencia— se protege tras un muro de indiferencia que se extiende en pasividad alevosa y cómplice:

A todo riesgo, pues, he compuesto estas páginas y ello podría valer como una disculpa para sus muchos vacíos y sus posibles injusticias. Pues no solo es una casi seguridad ser mal entendido sino, incluso, un álea ser entendido punto, aun poder ser oído de alguna manera. Así en tan extraordinaria coyuntura están las cosas.

Si bien no se han apuntalado aún las vías de un ejercicio crítico ni teórico que atienda las relaciones entre la realización literaria y su difusión por los medios de comunicación, cada vez más conflictivas, se verifica una repercusión

203 Block de Behar, Lisa, «Las (o)misiones de la crítica», *Al margen de Borges*, Siglo XXI, Buenos Aires-Ciudad de México, 1987, así como «Entre dos guerras. La crítica cultural en los grandes medios de comunicación», *Dos medios entre dos medios. Sobre la representación y sus dualidades*, Siglo XXI, Buenos Aires-Ciudad de México, 1990.

perversa en esta caja de resonancia nacional o apenas montevideana, de cajas encastradas, cajas chicas o chinas, que contienen la producción de un país de dimensiones reducidas, de escasas posibilidades de publicación, donde las crisis culturales se hacen más evidentes o más intensas.

No estaría de más que, al «repensar el mapa cultural», como se había propuesto en las bases del proyecto de literatura comparada que entonces nos convocó en Rio Grande do Sul, se examinaran las tácticas de mercado, la configuración de espacios de emergencia, los límites de una competencia discutible, sobre todo sub-specie mediática, esta subeternidad que, al extenderse por todo el espacio, compromete el futuro, las expectativas de lo por venir (no solo como incertidumbre), el conocimiento del pasado y sus prolongaciones en el presente. Tomando en cuenta los objetivos de ese proyecto, no debería dejarse de lado una de las cuestiones que también confunde las perspectivas de un horizonte al sur del sur, en este *deep South* del *Far West* que es el nuestro.

Tal como se formulaba entre los «objetivos específicos» de aquel proyecto, todavía habría que «establecer criterios y buscar metodologías específicas a los objetos de investigación», nuevas o diferentes, adecuadas para repensar la historia literaria a la luz de esta explosión informativa/informática contemporánea, que tiende a apartarse de la literatura y de sus antecedentes, cediendo el espacio a las conexiones en red.

¿Qué métodos, qué teorías se prestan para atender las tradiciones de un pasado sin dejar de considerar los cambios radicales del presente y de los tiempos que sobrevendrán? Rondan aún los fantasmas de Walter Benjamin, las voces del silencio de André Malraux, las negaciones de Nicklas Luhmann, los grados que distingue, o no, Roland Barthes en la escritura, las genealogías palimpsestuosas que descubre Gérard Genette en las profundidades donde logran cruzarse Proust y Borges, las dolorosas paradojas de Jean-François Lyotard, las utopías alucinantes de Paul Virilio, las debilidades filosóficas de la descomposición neohermenéutica de Gianni Vattimo, las interrogantes de una enigmaticidad literaria que Jean Bessière dirige a Borges, las matrices secretas de Giorgio Agamben, la errancia de las letras, mudas, o la emancipación del espectador de Jacques Rancière, los prodigios y vértigos de la analogía de Jacques Bouveresse y las exploraciones translingüísticas que, a partir de la literatura y los distintos medios, lleva a cabo Alfons Knauth. ¿Y Michel Foucault? ¿Gilles Deleuze? ¿Cuántos más? Espectros siderales de tantos otros pensadores que conformaron en el pasado la actualidad crítica, pertenecientes ya a una galaxia de la que Marshall McLuhan no hubiera renegado ni renunciado Jacques Derrida a imaginar en sus proliferantes disquisiciones etimológicas que fundan, desde el origen, bases para una nueva semántica.

Aunque se hayan dejado de lado muchos otros nombres, escuelas, corrientes, como el tema no es solo reciente, no habría que omitir a Karl Kraus, un judío vienés quien, ante el derrumbe fatal del Imperio, auguraba el derrumbe de un mundo, de una época. Para algunos era una *belle époque*, para otros, el dominio

de *Kakania*, la onomatopeya cacofónica que Robert Musil no derivaba de las iniciales de Karl Kraus, sino del monograma de quien era emperador y rey, *Kaiser und König*. Filósofos, pensadores, escritores, pintores, músicos, arquitectos, actores, artistas, periodistas, hicieron del fin de esa época *un gran final*, como si trataran de interpretar una ópera, pero puesta en escena en un film de Fellini, el final de una «Gloria» —así se llamaba el barco en *E la nave va...*— que arrojó por la borda no solo una época, sino una realidad: una *realidad real* (saco partido de la homonimia que ofrecen el español y el portugués) con archiduque, princesas y la corte imperial en franca decadencia, al borde del naufragio.

Pocos años después, terminada la Primera Guerra Mundial, aunque en otro frente, los surrealistas, que hacían de la razón escarnio, se debatían ante la escasa realidad de la realidad, una escasez que anticipa las crisis de la primera posguerra, el período que activó un prefijo hasta agotar esta posrealidad en la que nos vemos vivir o no; quien no se ve vivir, no vive o cree que no vive. Desde hace tiempo no es raro que se empiece por contar «había una vez la realidad ...», una fórmula tradicional de la ficción que da comienzo a un cuento o una variante narrativa que, más que nunca, requiere una práctica *willing suspension of disbelief*.

Se observa un desplazamiento del espacio real o surreal al espacio electrónico, donde la sociedad *se expone* —una exposición que es un riesgo, pero, sobre todo, una exhibición—. Exhibo o me exhibo, luego existo, una consigna que podría actualizar viejas conclusiones. Inevitable, la atracción de la imagen en pantallas, el cuadrado donde algo se muestra y algo se oculta origina una forma contradictoria de existir. Muestra una existencia y, en la misma medida que aparece, deja de existir. La paradoja se extiende y abarca también a quien observa la pantalla. Guy Debord incluye al espectador en la sociedad del espectáculo: «Cuanto más contempla, menos es».

A principios del siglo xx Kraus advertía sobre «la falta de defensa del individuo frente a la técnica». Como todavía no había otros medios, concentra sus ataques contra la prensa: la parcialidad de la información, las falsedades del prestigio, la difusión de la impostura, la imposición de criterios y el autoritarismo de discursos que se valen de la mayor violencia: *aquella que no se nota*, ni se ve ni se dice, distrae y destruye.

Con la proliferación mediática, la distracción y, concomitante, la destrucción avanzan. En *El espectador emancipado*, Rancière insiste en esa condición evanescente que involucra, en esta nueva instancia, también al espectador. Ya no es solo la sustitución y desplazamiento de quien, al aparecer en pantalla, desaparece, sino que quien contempla deja de ser. Como en una novela policial, van desapareciendo los personajes, uno tras otro.

Un conocido cuento de Borges (1940) no es el único en que el autor imagina desapariciones en serie, así como en una novela de Bioy Casares (1940) los avances de la eficacia tecnológica están por desplazar el mundo hacia una pantalla que coincide y se confunde con él. Cuarenta años después, Virilio (1980) hablaba de *una estética de la desaparición*. Atribuía a las prótesis de la visión la

saturación que disminuye la capacidad de ver; a la velocidad de los vehículos la desaparición de la realidad que atraviesan. Quien conduce no solo se desplaza: «dispara» se dice en español para designar una práctica de velocidad que se identifica con la acción de un arma: «disparo», ¿corro o tiro?, ¿huyo o mato? Es necesario reconocer la transformación o anulación de las circunstancias en ese *espacio-velocidad* donde uno se encuentra en un *aquí y ahora* que no se radica ni ocurre en ninguna parte: *now/here-nowhere*.

No fue el único Agamben en reconocer la imposibilidad de la comunicación que es la paradójica *competencia* de «periodistas y mediócratas». Más explícito, continuaba Virilio:

El *cuarto poder* [...] es la única de nuestras instituciones capaz de funcionar fuera de todo control democrático eficaz [...] en democracia todos tienen derecho a la información [...] sin embargo, el *cuarto poder* se encuentra fuera de la ley o por encima de las leyes.²⁰⁴

Toda crítica dirigida contra los medios permanecerá ignorada por el gran público, simplemente porque los medios no le cederán el espacio de difusión necesario. Luhmann se preguntaba ¿cómo observar la sociedad desde fuera? Desde la paradoja del mentiroso a la lógica sin salida del diferendo, el dilema recorre el pensamiento desde el fondo de los tiempos hasta el universo concentracionario. Ya se ha dicho, pero no solo la poesía está condenada después de Auschwitz. Ni poesía, ni historia, ni ideología, ni teoría, ni conocimiento absoluto: imposible imaginar, pensar, escribir, documentar, ver, soñar como antes. Niklas Luhmann señala la imposibilidad de la comunicación como una propiedad inherente a la comunicación:

Una comunicación no comunica [*mitteilen*] el mundo, lo divide [*einteilen*]. Como cualquier operación de vida o pensamiento, la comunicación produce una quiebra. Dice lo que dice; no dice lo que no dice.²⁰⁵

Los medios parecen no tener otro objetivo que los propios medios; pero esa carencia de *finalidad* es también una carencia de *fin*, un proceso que no se termina. Es esa una de las premisas de los medios: en lugar de *revelar*, los medios hacen desaparecer lo que muestran, pero, sobre todo, *hacen desaparecer lo que no muestran*. No es solo una desaparición doble, es la mayor desaparición. El discurso crítico no permanece ajeno a esta disolución mediática que retiene como rehén a la realidad tanto como la ficción, controlando sus análisis y discusiones. Un proceso que no se termina, en efecto, se transforma y continúa en las redes, en internet, en el espacio sideral y en el doméstico, entre las estrellas y en la intimidad de cada morada, de cada individuo.

204 Virilio, Paul, *L'art du moteur*, Galilée, París, 1993, 13-14.

205 Luhmann, Niklas, «Speaking and Silence». [«Reden und Schweigen»] 1989. En inglés «A communication does not communicate [*mitteilen*] the world, it divides [*einteilen*] it. Like any operation of living or thinking, communication produces a caesura».

Luego de argumentar sobre las dificultades y responsabilidades que comporta la enseñanza universitaria de la literatura, un discurso presidencial²⁰⁶ de la Modern Language Association (MLA) reclamaba la realidad, con todas sus contradicciones, como el objeto temático y disciplinario *par excellence* de estos estudios. No hace falta reiterar que, desde hace unos años, quien se refiere a la realidad suele escribirla entre comillas o, para peor, si se decide a nombrarla, acompaña la mención por un gesto patético, más que analógico, que cuestiona los sentidos de la palabra y, sobre todo, la validez de su referente. Una mención doblemente paródica burla, por medio de la imitación, a una tipografía subsidiaria, una escritura carnalizada por el gesto, la existencia de cualquier realidad fuera del texto; una impugnación que se ensaña con la realidad pero que, llamativamente, no perjudica (a) la ficción.

Cuando se refería a su país, a «este reino del «casi», «casi-populista», «casi-fascista-colonial», entre otros casos que se citaban al principio, Real de Azúa presentía, en otro plano, la reducción de los atributos de otras regiones, pero transformados por una sociedad «amortiguadora». Si, como se afirma, todo ocurre en todos lados, en esos años la reducción no pasaba por los medios ni por las redes y, sin embargo, no es posible desconocer que esa disminución ocurría o no deja de ocurrir.

Los enigmas del conocimiento

En más de una oportunidad se ha hablado de su *visión globalizadora*, de la cosmovisión que Real de Azúa hacía suya, reivindicando, en sus propios términos, la irrestañable vocación por la distancia y la marginalidad, la sabia opción de un investigador dedicado a estudiar los fundamentos de la teoría literaria, de la historia cultural, de la ciencia política y de la literatura nacional y latinoamericana.

En esta instancia solo se pretende llamar la atención sobre aspectos de una figura que, a pesar de la felicidad de su naturaleza genial, me atrevería a calificar de *misteriosa*, si se puede entender por *enigma* aspectos imprevisibles de un conocimiento sin límites, de una pre-visión que anticipaba acontecimientos que aún no se vislumbraban. No se trata de encomios fúnebres, ni de sacralizaciones nostálgicas ni solemnes, que precipitaran, por elogio, «la pendiente hacia la magnificación como un descuido de las proporciones medidas» —son sus palabras—. Sin embargo, la pluralidad del desconocimiento —concerniente a la personalidad de Real de Azúa, a su obra, y a las razones de ese desconocimiento doble— constituye una constante del desconcierto, la perplejidad ante la falta de curiosidad (una falta que, atendiendo el origen de la palabra, involucra una falta de cuidado) por quien supo prever y anunciar acontecimientos que le fueron póstumos.

Por la vastedad y variedad de sus temas, por la perspectiva universal con que consideraba las particularidades del suceso local, por la profundidad hasta ahora

206 Spacks, Patricia Meyer, PMLA, vol. 110, n.º 3, mayo de 1995, 357.

incomparable de sus numerosos y documentados trabajos, por el estatuto fronterizo que defendía como voluntad de instalarse en los bordes epistemológicos, por su aproximación a los aspectos geográficos, histórico-políticos, sociológicos, que deberían contribuir a la formulación y arraigo de los criterios teórico-críticos necesarios para abordar los temas que nos interesan, dirigir la atención a Real de Azúa, analizar sus posiciones, las más ponderadas, las más disruptivas, discutir sus argumentos digresivos, parece cada vez más urgente:

Frente a la mayor parte de las naciones latinoamericanas, ordenadas en estratificaciones sociales rigurosas, dominadas por una clase terrateniente semifeudal, por una poderosa casta militar y una Iglesia inmiscuida en todas las minucias de la vida secular, el Uruguay del 900 presentaba el espectáculo de una sociedad secularizada, mesocrática, civil. Nada de una clase media enteca y apocada ni de un pueblo infra-proletarizado y campesino misérrimo, pasivo, sino dignidad en este y naciente conciencia de clase en el sector medio, unido a un incipiente propósito de acrecentar su peso en la dirección política de la nación.²⁰⁷

Si se puede considerar a Borges como figura emblemática de la anticipación con respecto a una época de entrecruzamientos culturales, previstos por la imaginación estética de sus ensayos y la lucidez intelectual de su poesía, Real de Azúa bien puede ser emblema de la erudición creativa, del ensayo fundamentado y de la impugnación sistemática de las verdades consabidas. Crítico severo, rechazó la «politización irrestricta», los ombliguismos que niegan la distancia de la apreciación crítica, deploró la actitud «parroquial y localista» que, protegiendo intereses personales y amiguismos partidarios y circunstanciales, atravesaba la cultura nacional, la contradictoria imposición mesocrática. Supo prescindir de criterios y conocimientos que cruzan las fronteras, de los movimientos del siglo que los medios han favorecido y, estando al tanto de ellos con mayor profundidad que nadie, orientó sus propias convicciones según su real saber y entender.

Sin plantearlo, hizo de la sabiduría una entrega vital, del genio una condición natural del pensamiento. De ahí que uno de los aspectos que interesa investigar es la causa de ese misterio plural. Tal vez, también este caso, con diferencias de época y de género, forme parte de un paradigma más amplio donde se incluiría a quienes han sido objeto del desconocimiento que una revisión de la historia literaria podría reparar. Similar al rescate que realizó Haroldo de Campos de Gregório de Mattos

... uma espécie de demiurgo retrospectivo, abolido no passado para melhor ativar o futuro» se plantea la «questão da “existência” [...] mas, sobretudo, a da própria noção de “história” que —en términos de Haroldo— «alimenta a perspectiva segundo o qual essa existência é negada, é dada como uma não-existência...»²⁰⁸

207 Real de Azúa, Carlos, *El impulso y su freno*, o. cit.

208 De Campos, Haroldo, *O seqüestro do barroco na formação da literatura brasileira: o caso Gregório de Mattos*, Fundação Casa de Jorge Amado, Salvador, 1989.

Como otros críticos de su generación —Emir Rodríguez Monegal, Ángel Rama, Arturo Ardao y la lista podría continuar— Real de Azúa alternaba las obligaciones de su tarea docente, las gestiones de su investigación, con una actividad periodística intensa. Si bien la categorización de «periodística» es discutible, ya que por los consabidos rasgos de sus escritos podrían ser considerados, incluso, netamente antiperiodísticos, se aplicaría en tanto aparecían periódicamente. Además, el hecho de publicarlos en periódicos uruguayos, de haber creado una expectativa de lectura en quienes valoraban, atentos, la peculiaridad de sus artículos (o ensayos) tanto como la publicación de sus libros, relevaría una condición que no condice con la norma mediática: aunque sus temas eran de actualidad y lo siguen siendo, no dependían de las vicisitudes que hacen de lo cotidiano un material fugaz y efímero. ¿Podría considerarse periodística la poesía, por ejemplo, por el hecho de aparecer en medios de prensa?

Aunque su escritura siga irradiando chispas de precisión esclarecedora, de agudeza fulgurante, su complejidad constituye, todavía ahora, un desafío a la atención inteligente, así como los desbordes de su pensamiento desafían las limitaciones del método. Si la aspiración sintética es requisito del estilo mediático y la brevedad una de sus cualidades, los ensayos de Real de Azúa se extendían, como si se tratara de una novela por entregas, a lo largo de números, a veces consecutivos, a veces discontinuos. Si el medio periodístico exige la simplificación de diagramado para asegurar el deslizamiento de una lectura fluida, la propagación incontenible de notas que se encaramaban sobre el texto mismo, en una época en que la computación no facilitaba su inserción mecánica, apartaba sus artículos del transcurrir de un discurso en prensa que no se caracteriza por los saltos visuales y temáticos que, no obstante, no perturban la coherencia de los tratados académicos a diferencia de una publicación a la que, según dicen los prejuicios, «deben acceder todos», cuando *acceder* es «consentir» o «alcanzar», o las dos cosas.

Saber es comparar

Comparar y conocer se asocian en una acción epistemológica común ya que no es posible com-*par*-ar sin asimilar, sin remitir —que no es reducir— a tipos o categorías aquello que no tiene par o, precisamente, por no tener par se considera. ¿Cómo conocer sin abstraer, sin generalizar, sin la construcción de paradigmas que se desconstruyen consecutivamente, una tipología que la singularidad de la obra y del pensamiento impugnará en cada caso?

En este sentido, un fragmento de su *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo* puede ser un punto de partida para un cuestionamiento que, formulado hace medio siglo, sigue en vigencia. Esa actualidad y sus reconocidos aciertos justifican la transcripción de una cita extensa:

El tema nacional, por fin, la entidad de «lo uruguayo», [...] configura un objeto de conocimiento que está reclamando la conexión interdisciplinaria [...]. Pero como el conocimiento salta sobre sus propias cautelas, como la avidez

colectiva por una introspección directora es demasiado urgente, también el ataque informal del ensayismo quiere dar cuenta de la tarea. La observación inteligente, la decantada experiencia personal, un instintivo sincretismo de nociones más o menos seguras se ponen a hilar. Se trata de saber qué es el país. Cuál es nuestra *consistencia* como nación. Cuáles sus calidades y sus defectos, sus ventajas y sus lastres. Cuál es la razón y los antecedentes de su extrema singularidad política. Qué rostro dibuja su previsible destino. Qué entidad tienen las fuerzas: económicas, políticas, sociales que lo dirigen. Cuáles son sus estructuras y qué firmeza poseen. Cuáles son sus diferencias con otras comunidades vecinas y otras más lejanas: hasta dónde puede hablarse de una «personalidad nacional» diferente (aún de una mistificada «uruguayidad»). Se quiere, también, más modestamente, despejar el interrogante de si hay una psicología colectiva, «nacional», un repertorio de rasgos, de modos que los uruguayos, mayoritariamente, compartan. Cuáles son los objetos, las prácticas, las rutinas, los ideales, las devociones que permitan inferirla. (¿El mate? ¿el tango? ¿Carlos Gardel? ¿la quiniela? ¿la jubilación temprana? ¿el fútbol? ¿el cinismo cívico? ¿el conformismo manso y ventajero?). Se aspira establecer la real, auténtica entidad de los valores nacionales, la causa de la postergación de unos, de la hiperbolización de otros, las inferencias que de estos hechos se desprendan. Cuál debe ser nuestro rumbo entre las potencias y las fuerzas mundiales, qué medida tienen nuestras afinidades con el resto de Iberoamérica, cuál la de nuestra insularidad, la de nuestra introvertida superioridad respecto al continente que nos rodea. Qué actitud: la conformidad apacible, la insatisfacción desafiante, las condiciones estables del país, su situación presente, justifican.

Habría que aludir, en primer término, a la *convicción comparatista* de Carlos Real de Azúa, no solo por la singularidad especulativa de su reflexión teórica, que articulaba diferentes aspectos del pensamiento universal en su práctica literaria, inevitablemente compleja. Asimismo por la naturaleza abarcadora de su avidez intelectual, que no podía dejar de observar el acontecimiento literario en relación con acontecimientos de otra índole, de otra procedencia, de otros tiempos, de otros lugares. Para Real de Azúa el conocimiento no era solo la apuesta intelectual que ponía en juego —un desafío que no descarta su sentido lúdico— la realización de una condición simbólica que contraía diferentes campos del saber.

Sería difícil definir la posición de Carlos Real de Azúa en el campo de la teoría literaria, una *definición* a la que la originalidad de su pensamiento, la peculiaridad de sus cursos, la dispersión temática de sus escritos, se resiste cada vez más. ¿Cómo definir a Real de Azúa? ¿Cómo restringir las expansiones de una naturaleza digresiva a las limitaciones de un campo disciplinario, si fuera solo uno? La inasibilidad de su figura en fuga, las elusiones de su discurso desbordante, la multiplicación de sus artículos, notablemente prolongados por el despliegue de anotaciones tan precisas como imaginativas, se sustraen a los criterios de clasificación convencional.

Tampoco es fácil componer su semblanza a partir de las escasas fotografías furtivas tomadas a su pesar. Así como Real de Azúa evitaba cualquier alusión

a su persona en sus propios escritos y conversaciones, derivando el interés del discurso hacia asuntos generales, por medio de una suerte de distracción controlada que era una de las estrategias de su recato, eludía toda representación de su imagen: sin dramatismos, sabía que «le moi est haïssable», pero sin citar a Pascal ni recurrir a frases sentenciosas. Solo se trataba de una ausencia natural, una prescindencia de sí, ni temor ni tema. En vida, era *difícil* fijarlo; ahora, transcurridas varias décadas desde su muerte, es el monumento en movimiento de su reflexión transteórica el que continúa sustrayéndose a los límites y recortes de una definición que, por definición, los requiere.

Así como Real de Azúa, en ese ensayo magistral sobre el ensayo, en lugar de definir este género empezaba por cuestionar la posibilidad de definirlo, interrogando desde el título. «¿Un género ilimitado?», se podría empezar por la misma fórmula modificándola apenas: «Carlos Real de Azúa: un genio ilimitado», o también en forma de pregunta. Sería un reconocimiento otorgado a su genio y, además, daría entrada a una de las cuestiones teóricas que le conciernen. El genio impugna al género tanto como a las convenciones que lo limitan; ni limitable ni imitable, el genio no se conforma a/con la definición que es un límite ni a/con los estereotipos que, como modelo, intentan replicarlo.

Real de Azúa leía de todo, recordaba todo lo que leía y, sin hacerse notar, sin hacerlo notar, solía ilustrar a especialistas sobre sus respectivas especialidades porque, cabe insistir, él no era un especialista. Desde la literatura uruguaya, la teoría literaria, la literatura universal hasta la historia nacional, continental, la ciencia política, las ciencias sociales, el espectro de lecturas, la lucidez abrumadora de sus análisis y comentarios provocaban la asombrosa admiración que sin hostilidad sabía rehusar. En una publicación reciente, que Susana Mallo titula *Carlos Real de Azúa. Un intelectual inasible*, se estudia «El papel de los intelectuales, la política y los vaivenes del Uruguay y la región en la segunda mitad del siglo». Un intelectual inasible, en efecto. Su título es título de nobleza, de saberes que desbordan las dignidades letradas, académicas, disciplinarias, que releva en la universidad la universalidad que no restringe solo al conocimiento que allí se imparte, que rechaza los estereotipos como deplora la propaganda política y partidaria, denunciando las estrategias de la politización.

De previsible escasa fortuna es «un libro —uno de los tantos— pertenecientes a esa clase sobre la que puede predecirse que “no conformará a nadie”». Son las primeras palabras en las que ese «observador-participante», como se define su autor, advierte la necesidad de que alguien hable, «un riesgo que debe correrse cuando en el silencio, en la mudez, en la oquedad», la necesidad de atender y entender (como decía) obliga. Escrito hacia fines de 1973, año en que las instituciones empezaron a vacilar, no era esa la oportunidad para publicar su libro sobre *La Universidad*, que será editado recién en 1992. ¿Pero por qué no se discuten ahora sus diatribas? ¿Por complicidad con quienes cometen las irregularidades, por temor, por respeto, por bien fundadas sus invectivas? ¿Por qué se callan sus críticas todavía vigentes? Si se trata de otorgar, como simplifica el dicho popular, ¿por qué no se dice?

Clases y categorías, cuadros y esquemas crujen entre sus papeles sin contener los excesos de una naturaleza erudita que, excediéndolos, no concluye. No solo ese pequeño libro presumiblemente controvertido quedó en silencio, todavía su obra es conocida en forma parcial porque, incluso en nuestro país, aunque se hayan publicado varios otros manuscritos póstumamente como ese, tampoco las contadas iniciativas abarcan la totalidad de su obra. Aun cuando esa totalidad se conociera, no llegaría a representar el *acontecimiento* «Real», un acontecimiento en persona, una personalidad de particularidades excepcionales que la circunstancia colma de ocurrencias incontables, que la escritura no solo no logra registrar, sino que, al intentar fijarlas, las suspende. Genio y figura..., en vida o después, siguen alejándose. Tal vez esa *inasibilidad* de atributos, que reconocían sus estudiantes hace más de medio siglo como su suprema suerte, sea una de las primeras *dificultades* que se presentan al examinar su persona y su obra. Pero hay otras.

Diferencias entre pares

En alguna oportunidad anterior, con el fin de presentar a Real de Azúa ante un público que no lo había conocido, tomando en cuenta varias condiciones comunes y alentada, además, por coincidencias llamativamente semejantes, traté de establecer una comparación entre Real de Azúa y Roland Barthes. Nacieron casi al mismo tiempo, morían por los mismos años; las afinidades docentes y disciplinarias no disimulaban, a pesar de su dedicación, una apasionada reflexión sobre las alternativas de esta época inquietante, conciliada con una inclinación nostálgica hacia otras épocas, la preocupación profunda por la teoría y la realización de una escritura literaria, por la formalizaciones epistemológicas, por la indagación de los hechos y las versiones de los historiadores. Una biografía paralela en la que conmovía, en ambos casos, la relación entrañable con una madre que, sin excluir otros afectos, los postergaba.

Eran bien parecidos: la misma irradiación magistral, una cordialidad inteligente, cierta ironía sesgaba con humor un diálogo siempre animado por la espontaneidad de observaciones tan profundas como imprevisibles. Erudita y risueña a la vez, la conversación se desequilibraba por la admiración de un interlocutor que, atónito, no disimulaba su estupefacción. Incluso, la semejanza era física; la estampa atractiva de elegancia displicente y algo así como el aura de una distancia intelectual que, sin intimidar demasiado, los distinguía por un tono similar. Para una época en que el nomadismo académico ya había afianzado sus rutinas en rutina, era poco lo que Real de Azúa y Barthes se apartaban de su entorno. Atentos a su tiempo —eran los mismos tiempos— no sorprende que plantearan temas afines con discursos propios. Fundadores de discursividad, ambos prestaron al ensayo, uno en su medida y el otro por desmesura, una modulación que lo diferencia y consolida literariamente. Hasta ahí, entre otros, ciertos parecidos.

Si Gilles Deleuze reconocía en Barthes el ejercicio de una filosofía de la facilidad, de la comodidad o de lo cercano (*une philosophie de l'aise*), habría que reconocer, en cambio, que Real de Azúa practicaba una *filosofía de lo arduo*, recordando que *arduus* alude no solo a las condiciones de dificultad, sino, originalmente, al terreno escarpado, de gran altura, las cumbres ásperas, las cimas inaccesibles.

Considerados en su conjunto, por tema y visión, los textos de Real de Azúa producen ese vértigo desde una cumbre que no pasa *por alto*, por altura, la exactitud. A partir de esa opción ardua, de esos riscos que son su espacio, arriesga el estudio que dedica al poder: «El tema de *los que mandan*, en suma, es tan fascinante y abarcador como difícil», y no es el poder, sino las dificultades de la cúspide que le atraen. Su atención ininterrumpida a los personajes y claves del debate latinoamericano (Martínez Estrada, Sarmiento, Mallea, Rodó, Zum Felde), regional y nacional, a los grandes temas históricos, políticos, estéticos, a los autores mayores, al patriciado —la clase social de la que procede, pero de la que se aparta para legitimar su observación e independencia—, a la «sociedad amortiguadora» que, tal como la designa y define, es la uruguaya.

Pero la comparación con Barthes habilita todavía otra oposición que, por significativa, por pertinente, no quiero evitar. Si bien Real de Azúa conocía la obra de Barthes, Barthes desconocía a Real de Azúa, y la injusticia simétrica del quiasmo cruza el mundo en todos los sentidos. No es esta la oportunidad de analizar el desajuste abismal entre la curiosidad enorme y minuciosa que Real de Azúa dispensaba al mundo y el desconocimiento que el mundo hasta ahora le reserva.

Todavía no se le ha dedicado al escándalo de esta desproporción la atención que requiere: consentido con tolerancia indolente y diminutivos afectuosos por sus compatriotas —no solo los más allegados solían decirle «Carlitos»—, ignorado por los demás, configura otro aspecto de la vigilante ignorancia que omite a otro crítico notable de su generación, Emir Rodríguez Monegal, quien, celebrado en todo el mundo, hasta hace poco seguía conocido-no-reconocido por la *des-intelligentsia* de su país, que es el nuestro. No descarto que las semejanzas de esta simetría violenta respondan a las mismas fuerzas.

En Real de Azúa las dificultades de definición, sobre las que tanto me interesa insistir, no radican en fallas lógicas o metodológicas que traben la comprensión de su obra ni en la inconveniencia de planteos confusos ni en abusos del léxico ni en rebuscamientos de su erudición. En su caso, las dificultades derivan, sobre todo, de la convergencia inusual de perspectivas diferentes, que contextualizan aspectos opuestos en una misma observación y, por usar un término que Real de Azúa frecuentaba, del «clivaje» que estratificaba los objetos observados en una serie imprevisible de capas y fracturas, planos estriados distinguidos por su indagación. Sin excluirse adversamente, sus puntos de vista extienden el análisis, lo dispersan en distintos sentidos, abriéndolo. Sin embargo, Rodríguez Monegal presentaba a Real de Azúa en estos términos:

De los escritores importantes del 45, Real de Azúa (nació en 1916) es sin duda alguna el que escribe peor. Es también el que organiza más desordenadamente sus libros (*El Patriado Uruguayo* empieza con una llamada que remite al lector a una advertencia que figura como apéndice y que cualquiera hubiera puesto como introducción); es el que ha padecido menos la popularidad. Todo eso no impide que Real sea el ensayista más valioso, el más típicamente fermental y enriquecedor de su período. Alguien ha hecho la observación de que Real de Azúa es capaz de convertir un telegrama en un tratado de diez volúmenes; otro acuñó hace tiempo y en *Marcha* la frase: Real colabora una sola vez por año pero colabora todo el año...²⁰⁹

No acaban ahí «las paradojas de Real de Azúa».

Limitar, darle fin a un examen, acabarlo, impone un freno a la profusión inherente al fenómeno, pero no quiere decir que, por terminada o detenida, la verdad quede asegurada. Ordenar la realidad no es suficiente si no se cuestiona el propio orden; la claridad no siempre repara ni compensa una parcialidad que no es todo pero se define y defiende como si lo fuera.

Desde los orígenes de la creación y sus reflexiones, la convención estética tolera, en el *lenguaje poético*, un hermetismo que se niega al ensayo, un elogio de la sombra, de la oscuridad, que el poeta entiende como la primera gentileza que debe ofrecerle al lector. Es sorprendente que el consenso de oscuridad haya sido privativo solo para la poesía. Teorizando sobre la *novela*, hace décadas, Bajtín reclamaba para esta narración literaria un texto disipado en varios registros, varias voces, penetrado por los discursos de otros sujetos y otros textos, una «polifonía» que impugna, en varios sentidos, la univocidad compacta de una sociedad cuya homogeneidad discutía. ¿Por qué, entonces, el ensayo no debería habilitar incertidumbres corales, zonas de sombra y resistencias? ¿Por qué se atribuiría al ensayista el monopolio de adoptar un punto de vista, uno solo, el doctrinario, impuesto?

Son demasiado conocidos los argumentos en contra de esta *filosofía de lo arduo* que interponen «los fantasmas de la claridad», que son los fantasmas de siempre: uniformidad, transparencia, coherencia, un orden o una orden, esos requisitos inherentes al discurso autoritario que sirve para imponer una verdad, no más de una, reivindicando las definiciones del lenguaje indiscutido o las llanezas del lenguaje periodístico. Una facilidad sospechosa dedicada a «la gran mayoría», que se codicia tanto como se desprecia: ¿quién se arroga y desde dónde una condescendencia explicativa que pocos piden y tantos siguen? ¿Por qué no se protesta contra dogmas y normas que consignan la información, una información en consignas que, diciendo tan poco, igual redundan? Sin embargo, no está mal hablar de lo que todos hablan, pero no estaría de más hablar de lo que nadie habla.

Es precisamente en esa voluntad de no evitar las complejidades de un mundo complejo de donde procede la predilección problemática que prefiere

atender las dificultades mediante una reflexión áspera contra concesiones que aseguran solidaridades indolentes. Es habitual la resistencia del lector contra esa disposición ardua; otras veces se oye el rechazo de quienes aseguran discrepar con las posiciones de Real de Azúa. Pero ¿cuáles de ellas? ¿Cómo discrepar con quien las encara todas sin dejar de cuestionar el propio discurso? Un *discurso en discusión* permanente, que no excluye la quiebra, la fractura, el fragmento, la cita, las referencias a teorías abiertas a otras voces, donde ninguna tiene la primera ni la última palabra.

En alguna oportunidad cabría asimilar la minuciosidad de sus especulaciones a la percepción insoportable de Irineo Funes, su memoria infalible a la del personaje de Borges o, sin apartar su ficción, a las precisiones representativas de una ciencia demasiado exacta, donde la descripción deja de ser tal por la mera y perfecta coincidencia entre la representación y lo representado. Recurrentemente la ficción narrativa de varios escritores latinoamericanos ha fraguado fantasías diversas para resolver el conflicto de quien se debate entre la necesidad de conceptualizar por medio de los modelos mentales que habilitan conocimientos parciales y la invención de máquinas que los extiendan. Sin embargo, tomando en cuenta esa plurivocidad, la estratificación de su pensamiento, el itinerario discontinuo que evita el lugar común de una verdad o teoría establecida, no confundiría el registro de Real de Azúa con la uniformidad de una visión totalizadora ya que, más que a la totalidad, que atenúa las diferencias, es a la heterogeneidad que su visión se dirige.

Decía Ángel Rama en su obituario:

... tantos análisis de la realidad de América Latina y en particularidad de la cuenca platense, tantos fulgurantes bocetos renovadores de las tesis imperantes en materia de historia, de pensamiento, de crítica literaria, a los cuales proporcionaba luego un aparato documental de tal envergadura y de tales proyecciones universales, que muchas veces él mismo era vencido por esa acumulación y esa incesante floración de sus planteos.²¹⁰

De la misma manera que había procedido cuando se propuso definir la literatura por medio de una fundamentación pormenorizada de sinonimias que abordan la escritura desde distintos puntos de vista, sus estudios de teoría literaria entablaban criterios diferentes basculando entre nociones opuestas, que marcaban el recorrido verbal de un pensamiento articulado críticamente a partir de una sucesión de pensamientos y doctrinas que utilizaban términos afines y rivales, una estrategia de la reflexión que, como el mundo, empieza por el lenguaje. Sin veleidades filológicas ni preciosistas, por honestidad intelectual más que culteranismo, su obstinado rigor se concentra en reflexiones terminológicas, historias de conceptos, en «la idoneidad de vocablos aptos para abarcar e inteligir el fenómeno». Son sus palabras.

209 Rodríguez Monegal, Emir, *Literatura uruguaya del medio siglo*, Alfa, Montevideo, 1966, 393.

210 Rama, Ángel, «Carlos Real de Azúa: 1916-1977», *Escritura*, Teoría y crítica literaria, n.º 3, Caracas, 1977, 35.

Las relaciones entre poder y discurso, discurso y verdad, verdad y dominación, dominación y orden, orden y conocimiento constituyeron un tópico de la reflexión contemporánea. De la misma manera que, al teorizar estos tópicos, Foucault se sustraía a las categorizaciones establecidas ya que no podía ser considerado ni como sociólogo ni como historiador ni filósofo ni como un teórico del poder político, Real de Azúa pertenece a esa suerte de sismógrafos visionarios que registran la aventura del conocimiento. De ahí la dificultad, el desafío de una visión *centrífuga* a la que no le cuadran los esquemas regulares de las asignaturas en vigor. En el mismo artículo que le dedica Rama poco después de su muerte, agrega:

Creo que fue su tendencia culturalista y el imperio que ejerció sobre él la historia, lo que lo condujo gradualmente a alejarse de las artes y la literatura, transformándolo en un analista del pensamiento y la política uruguayas y latinoamericanas y, de hecho, en un crítico de la cultura.

Hasta aquí la resistencia a la definición, las dificultades propias de un texto abierto y dialógico, incrementadas por leyendas que corren acerca de un discurso respetado, pero desconocido, de una polémica excéntrica, animada de un rigor insólito. Tal como lo señaló Tulio Halperin Donghi, su gesto de alejamiento nunca es «un soliloquio colérico», sino la manifestación de la gozosa soledad de un investigador que no persigue otro fin que la propia investigación, una investigación sin fin, sin utilidad o sin conclusión, más allá del conocimiento, el placer.

Ante las exploraciones rigurosas pero interminables de textos ajenos, no debería llamar la atención su despreocupación personal con respecto a manuscritos propios, finamente elaborados, formalmente acabados, pero inéditos algunos que ocupan, entre unos y otros, un inventario bibliográfico de dos páginas de formato tabloide.

Las preocupaciones intelectuales de Real de Azúa exceden las previsiones curriculares; es conocido el interés desinteresado y la prodigalidad casi mítica de su erudición, la concurrencia de elaboraciones literarias, filosóficas, históricas y políticas en una acción intelectual que identifico, a partir de Real de Azúa, como uno de los rasgos de excelencia de la identidad americana. Un modelo en emergencia, la clase de quienes ignoran las clases, rechazan las clausuras sociales o culturales, abriéndose a otros medios, sin privilegios de origen, de nacionalismos reductivos, provincianos o personales que esgrimen quienes solo están interesados en promover una cultura porque es autóctona, un idioma cuando es, redundantemente, el propio, una obra solo porque es suya.

Un programa como forma de acción

A manera de apéndice y por el carácter representativo de esa visión ecuménica de erudición excepcional que fue la suya, interesaría considerar su consagración a la enseñanza fundacional de la teoría literaria a partir del programa monumental que concibió para esta disciplina incluida en el plan de estudios del Departamento de Literatura del Instituto de Profesores Artigas. Desplazado

por un remedo menor, una versión mal abreviada del programa original, fue sustituido sin más, sin razón, sin que se haya reparado aún la arbitrariedad de esa sustitución. Inicialmente, a principios de los cincuenta, Real de Azúa había propuesto la organización de una cátedra que denominó «Introducción a la estética literaria», que devino «Teoría Literaria», una fórmula más corriente que la original pero que, en los hechos, era desbordada, en sus límites específicos, por la necesidad de reflexiones mundiales y planteos comparativos, literarios y extraliterarios, que solían incrementar lo privativo para abarcar otras formas de realización y especulación artística y filosófica.

El programa aparecía estructurado dinámicamente como un trabajo *in progress* y a la vez acabado, una obra perfecta pero incompleta, una suerte de tabla de nociones teóricas similar a la que Mendeleiev había diseñado para el registro químico de los elementos conocidos. Todas las nociones y referencias bibliográficas figuraban en una comprensión armónica, cada punto ocupaba su lugar justo, en la medida justa, con las descripciones de atributos correspondientes según la vigencia del conocimiento que se había alcanzado hasta entonces. Pero, a diferencia de la tabla periódica de elementos, a diferencia de un sistema planetario o de una distribución numérica, se observaba en ese programa de teoría literaria una dinámica del pensamiento, una dialéctica de formulaciones, la observación de fenómenos, de casos, de evolución de las ideas, de tendencias y corrientes que, como señala Emir a propósito de su ejercicio crítico, «pone en evidencia esa doble dimensión, inmanente y trascendente de sus inquietudes». Su registro abierto se hacía cargo de todo, incluso de lo que todavía no se había formulado pero que, en cierto sentido, se podía prever. Más que con huecos, ese catálogo orgánico se articulaba formando pliegues que se iban desplegando a medida que la aparición de cambios requería la flexibilidad de un compartimiento nuevo. El inventario daba lugar a la invención y se adaptaba, sin forzar sus formas, a las novedades que se producían en el transcurso del pensamiento literario y estético.

Es curioso, Real de Azúa había inventado con ese programa un verdadero *programa*: una escritura que estaba por hacerse, generaba una textualidad que se extendía hacia el futuro más allá de lo que puede ser un temario detallado minuciosamente para guía del profesor y del estudiante. Aquello no era la descripción anticipada de lo que debía llevarse a cabo durante el desarrollo del curso, sino que anticipaba, sin la ambición de imponerlo, el programa del pensamiento occidental en temas que abarcarían el conocimiento de las letras y de las artes en décadas.

No eran más de quince hojas que se prolongaban en interminables referencias, pero ni habría que limitarlas a cifras ni a dimensiones determinadas, como a nadie se le ocurriría contar los fragmentos en un vitral. Hojas largas, amarillentas, ya eran viejas antes de empezar a usarlas. O bien escritas a máquina, al dorso en blanco de páginas extraídas de libretas de clase dadas de baja, con anotaciones que Real de Azúa apuntaba en los márgenes reducidos, duplicando renglones y columnas que no alcanzaban para la cantidad de datos y detalles que agregaba al programa como anexos. ¿Qué palimpsesto iluminado hubiera diseñado para

esta época de discursos en pantallas superpuestas? ¿Con qué recursos teóricos se equiparía para discriminar la información fidedigna de la apócrifa en los profusos sitios enciclopédicos que las redes multiplican? En esa acumulación nada sobraba; la articulación ajustada de temas y puntos no impedía que aparecieran libres o librados a su propia energía. Animados, se reproducían como si hubieran mantenido entre ellos relaciones textuales secretas.

Bastaba la necesidad de considerar una nueva teoría para que encontrara en aquellas páginas el sitio preciso donde —denominados en forma diferente— figuraban. «De todos los críticos del país, Real de Azúa es el que tiene un sistema más amplio de referencias» reconocía Emir, quien se encontraba entre ellos. Formaban parte de su programa los autores del canon o muchos otros más que, desconocidos, empezaban a ser citados a partir de las referencias, consultas, lecturas a las que era imposible sustraerse.

La aventura de internarse en esa enciclopedia imaginaria que eran sus referencias bibliográficas y descubrir un mundo a través de menciones que no agotaban los temas, más bien los prolongaban en galerías de espejos interminables, referencias históricas y epistemológicas: épocas, corrientes, universos del conocimiento que, distintos y distinguidos, no parecían parcelarse ni parcializarse. Eran piezas armadas de un puzzle gigantesco, pero combinadas según sus propias reglas; había que conocerlas, si uno retiraba una pieza el resto se recomponía, los contornos se regeneraban ante cada supresión o introducción y el todo no sufría.

Gracias a una rara captación de lo fundamental, no solo figuraban ahí las referencias correspondientes a los autores, sino que Real de Azúa lograba descontextualizar, con el prodigio de la autonomía poética, la palabra, la frase breve, la frase un poco más extensa que resumía toda una obra, todo el pensamiento en la cita fragmentaria de un texto mayor y recontextualizarlo, vertiginosamente, mediante la referencia histórico-política que la reinscribía en su realidad:

Hay en Real de Azúa una pasión política y hay también una pasión histórica.

Las dos están entrañablemente unidas pero su inteligencia le permite distinguir y aprovechar conjuntamente sus aportes para una visión tercera que supera a las dos: una visión trascendente,

concluye Emir. La visión de lo fundamental, en tanto supone lo básico y lo profundo: la verdad y sus versiones, la teoría y sus visiones, la doctrina, sus interpretaciones, una corriente y sus contracorrientes. Rama resume su perspectiva en otros términos:

... hacía de la función intelectual una ética (por lo cual se le podía emparentar al zigzagueante camino de André Gide y a su misma persecución de la autenticidad en un mundo cuya opacidad exigía constantes esfuerzos de reconversión y adaptación); contribuyó a desarrollar un pensamiento siempre crítico, forzosamente independiente, cuyo campo de ejecución solo podía ser el de oposición: de ahí que sus mejores contribuciones se desarrollen mediante el

enfrentamiento con tesis o sistemas, los cuales sometía a nervioso análisis y los invadía de un pensamiento desarticulante y problematizador.

Alternativas de una erudición tan rigurosa como regocijante que nunca llegó a mitigar la «alegría de ser inteligente»,²¹¹ como observó con acierto Mercedes Ramírez, al reconocer la complacencia en la búsqueda de saber y de saber que esa búsqueda no termina.

La disposición textual laberíntica —emblema de lo múltiple según Deleuze— no solo contenía los datos de un pasado, el pasado del conocimiento literario, sino que, y eso sigue siendo motivo de estupor y estudio, ya contenía los frutos del futuro, una precoz recolección de las cosas que vendrán. Años después de su muerte, los temas de actualidad teórica se verificaban preformados en el programa, anticipados como en un código genético. Ahí también estaba lo que iba a estar, estaba lo que será, es decir, lo esencial. Sin proponérselo, sus análisis y postulados descubrían doctrinas, discutían precedentes históricos que se internaban en las profundidades arqueológicas de un pensamiento filosófico universal.

Como Rodó, como Borges, Real de Azúa es uno de esos latinoamericanos que han alcanzado formas de plenitud en la ambivalencia, conciliando la conflictiva herencia de sus ancestros con la novedad en una síntesis, una contracción de lo universal y lo particular, sin apartarse de lo latinoamericano, lo austral. Sin renegar de su tradición ni de los descubrimientos más recientes, Real de Azúa indaga, por lo menos, en dos direcciones, para conocer y reivindicar un pasado con el que siente más afinidades que con su tiempo, pero sin dejar de escrutarlo. Halperin Donghi quien conocía, sin duda, mejor que nadie su obra y personalidad, advierte «una nostalgia por el Uruguay pastoril, [...] el de un paraíso perdido, que sabe irrecuperable y no desea recuperar, pero que se enorgullece en añorar».²¹²

Los historiadores, sociólogos, los hoy llamados politólogos, críticos literarios y de la cultura citan sus aciertos; aún hay testigos más o menos directos que entrecruzan sus anécdotas, profesores que las transmiten a sus discípulos. Hace unos años se le dedicaron algunas publicaciones, una reciente tesis doctoral lo estudia,²¹³ una notable antología de escasa tirada circula discontinuamente, una sala en una de las facultades de la Universidad de la República, así como la Biblioteca Central de Enseñanza Secundaria, llevan su nombre, pero su obra, expuesta a los riesgos del mito, continúa solo fragmentariamente conocida.

El impulso y su freno (1964) es el título que designa uno de sus tratados políticos, donde la contrariedad de los términos yuxtapuestos no se resuelve en una dialéctica simplificada de oposiciones drásticas. Tal vez sean las figuras de ese contrapunto plural una especie de emblema adecuado para bosquejar el

211 Ramírez, Mercedes, «Carlos Real de Azúa», *Jaque*, Montevideo, 16/7/1984.

212 Halperin Donghi, Tulio, «La ávida curiosidad por el mundo», en Real de Azúa, Carlos, *Escritos*, Arca, Montevideo, 1987.

213 Mallo, Susana, *Carlos Real de Azúa. Un intelectual inasible. El papel de los intelectuales, la política y los vaivenes del Uruguay y la región en la segunda mitad del siglo XX*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 2011.

curso de su biografía intelectual, estética y vital. La proclividad mística natural de su impulso impide la institucionalización de un pensamiento creador que no deja de sorprender tanto por la singularidad de sus excelencias como por las reticencias de una repercusión inexplicablemente sobria. Al final de ese libro sobre «Tres décadas del batllismo y las raíces de la crisis uruguaya», como anuncia el subtítulo, Real de Azúa enumera las características de una época particular en su país, pero, a pesar de las precisas circunstancias históricas a las que se atiene, el recuento no se contrae a los límites nacionales, aunque insinúa las omisiones en ese «país de cercanías» que es el nuestro. Habla de «un mundo de grupos supranacionales crecientemente erizados y resueltos a lograr su autosuficiencia», de «un mundo sometido a las terribles presiones del espíritu acreedor de la sociedad de masas», de «un mundo donde una revolución de tecnológica cibernética y automatización marcha» a pasos demasiado grandes, arrinconando a nuestras patrias

... en el que todas las convicciones, valores, vigencias que fundan instituciones, pautas de conducta, relaciones, se enflaquecen hasta desaparecer y no tanto la publicitada angustia como el sinsentido, la indiferencia, la ajenidad a todo, ocupan su sitio.